

Por un color

Por un color se pinta. Todo lo que no sea un color —dos, por ejemplo— es distraer el rumbo, que tiene que ser uno. Múltiple en el proceso, en los pasos a dar y no dar, pero uno en la ambición. Como el amor, supongo, después de que nos hemos hurtado tantos desafectos y hemos hecho como que tal o cual cosa.

No se puede diversificar el amor, y no porque hubiera de concluir en odio, sino porque habría de demorarse en nada. Por lo mismo, tampoco se puede desnaturalizar la pintura, que tal sería extraviarla en lo más. Más de un color:

¡qué derroche! Más de un color — el arco entero: cuantos colores nos legó la historia y los que sea capaz de crear la inteligencia— es lo que el pintor tiene a su disposición en la paleta y lo que emplea para tratar de ocultar/revelar su desacuerdo en el lienzo. Sólo aquí cabe la noción de lo mucho. Ciertamente se pinta con todos los colores, pero por un color se pinta.

Le indico a Águeda de la Pisa que detenga ese amarillo. No es el color. Quiero decir que mi afición por su amarillo — como por el azul, el rojo y el ocre que le preceden y le prolongan en la andadura de las obras por el estudio— no denuncia todavía mi advertencia del color por el que Águeda pinta. La intuye, tal vez. Para mí, contemplador, el amarillo es un complacido indicio que habrá de posibilitar el camino a recorrer entre un presentimiento y una realidad más o menos palpable. Y, desde luego, más o menos explicable. El apego a un color y a una forma, a lo que cuantifica eficazmente a un pintor, es un tema que podría resolverse en el ámbito de lo que uno y otro dato significan.

Aludamos a niveles cromáticos, intensidades, climas, líneas, planos y demás factores por los que se guía el análisis barométrico. La entrega a un color perfila territorios que apenas exceden a los de una constatación. Es como cuando el mago de esta otra atmósfera, la que habitamos, levanta la cabeza y comprueba —y proclama— que hoy está despejado. El hoy está despejado también contiene color. Una gratificación de color. Pero no necesariamente se ha de entender —como se entiende por buen tiempo. Que es lo que hay que desear: el buen tiempo de la pintura. Con el cielo limpio, o cargado de presagios.

Si el cuadro y el conocimiento que lo hace posible sólo fueran lo que miramos, este proyecto no tendría razón de ser. No se padece para propiciar el eco de la reiteración. Fuga de tonos a la derecha, presencia de semitonos a la izquierda: compensación. Todo

eso aparece en un soporte, pintado con todos los colores imaginables. Con el estable equilibrio que procura saber el espacio en que resides.

Desde el de Águeda de la Pisa oteo otros espacios y me doy cuenta de que el equilibrio y la estabilidad, en ocasiones, son como un guiño. Un accidente allí, un frotado, lo que fuere, y la empresa es digna de mejor causa. Pero no de la única. La del porqué y para qué se pinta. La causa que empieza a tomar cuerpo cuando las anotaciones pictóricas se descompensan hacia más sensibles valores, cuando el equilibrio se hace inestable, y sospechas que eso toma color. El único color.

Ahora ya puedo hablar en amarillo, en verde o en tierra. Porque quiero referirme al color que proclama el color. De pronto, el lienzo se quiebra por el vuelo o la pesantez de un volumen, o por el rastro como de materia en desprendimiento, miles de escamas de una piel devastada. Son las penúltimas apropiaciones del mirar, las excusas de que el pintor se sirve para colmar el acto de color y delatar la idea, cuanto respira a esa parte de lo que alertamos, en una distinta dimensión. Tal vez en la dimensión del ver, circunstancia que se desplaza del cuadro, que se produce cuando lo que el cuadro transporta deja de suceder. Cuando mi conciencia de espectador, en lugar de memorizar los colores y los signos que sorprendió, permanece sorprendida y recuerda el buen color, como el tiempo, que reina en esta obra. Y cuando lo evoca de modo natural, sin esfuerzo. Con menos esfuerzo que el que hubo de hacer quien lo originó, el pintor. Cuánto cuesta..., oigo comentar a Águeda de la Pisa en un aparte, como dirigiéndose a un indescifrable margen. Lo suscribo. Cuesta todo: la vida, a vueltas, por su color.

Miguel Logroño